

Servicios bibliotecarios para minusválidos

Juan José Fuentes
Técnico en Gestión Cultural.
Granada

Preferimos hablar de "minusválidos" en lugar de "usuarios especiales" o de "usuarios con necesidades especiales", ya que estas dos últimas denominaciones son realmente ambiguas y recogen un tan amplio abanico de personas que es francamente difícil de abarcar; en principio habría que valorar qué entendemos por "especial" (¿lo que no es normal? ¿lo que, de alguna manera, representa una diferencia respecto al usuario "normal"? ¿y qué es lo "normal"? ¿quiénes son los totalmente "normales"?); a continuación, habría que señalar los diversos tipos de usuarios englobados bajo la etiqueta de "usuarios especiales" o "con necesidades especiales" (minusválidos, internos de penitenciarías, personas hospitalizadas, personas recluidas en sus domicilios –enfermedad, imposibilidad de movimiento, etcétera–, adultos, analfabetos o comunidades de minorías étnicas).

Vamos a ceñirnos, por tanto, a los minusválidos propiamente dichos, a sabiendas de que los otros grupos antes señalados también pertenecen a categorías de usuarios que, cualitativamente, están bastante cercanas por el hecho evidente de que requieren cuidados y atenciones especiales en un buen y satisfactorio servicio bibliotecario.

Desde el punto de vista estrictamente bibliotecario hay que señalar algo, por lo demás, de absoluta evidencia: al atender al minusválido, sea cual sea su tipo de minusvalía, hay que ver en el afectado antes a la persona que al minusválido; junto a esto es de no menor importancia el hecho de que la biblioteca, por su carácter de institución a la que acuden gentes de la más diversa preparación y pertenecientes a todas las clases

sociales, tiene o debe tener una amplia fuerza en la lucha contra los estereotipos de pensamiento y conducta respecto a los minusválidos.

Como consecuencia de lo dicho anteriormente, la biblioteca debe considerar a los minusválidos como una parte más e integral del servicio que ofrece, y no como una minoría más o menos especial a la que atender.

Resulta digno de destacar la escasísima atención que las escuelas y facultades de biblioteconomía dedican, en sus programas, a los servicios que requieren los usuarios con minusvalías, pese al amplio nivel de experiencia que en estos temas necesita cualquier bibliotecario, sea cual sea el tipo de biblioteca en que trabaje.

Un buen servicio a usuarios con minusvalía implica para el bibliotecario en cuestión el trabajar con profesionales de otras disciplinas relacionadas con estos temas (médicos, psicólogos, trabajadores sociales, etcétera) siempre que las circunstancias lo requieran, ya que, si se quiere ofrecer un servicio realmente eficiente, cada vez resulta menos adecuado el trabajar aisladamente con usuarios minusválidos.

El nivel de desarrollo de la biblioteconomía aplicada a estos usuarios necesita una mucha mayor atención de la que, con excepción de países y personas, se le viene prestando incluso hoy día.

1. Los niveles de accesibilidad

Concebida la biblioteca, y más especialmente la biblioteca pública, como institu-

ción que presta a sus usuarios servicios de formación, información y recreo mediante cualquier soporte adecuado (libros, revistas, audiovisuales, etcétera), la cuestión que se plantea con los minusválidos, al igual que con cualquier otro usuario, es la relativa a su accesibilidad al centro y a sus materiales.

Desde este enfoque podemos hablar de tres tipos de accesibilidad: accesibilidad psíquica, física e intelectual.

1.1. Accesibilidad psíquica

Llamamos *accesibilidad psíquica* a la que, en un sentido positivo o negativo (entonces, obviamente, hablaríamos de "inaccesibilidad") surge en el minusválido desde dentro de sí mismo pero condicionada según las reacciones positivas o negativas que esta persona recoge del entorno en que desenvuelve su vida.

El ambiente de cordialidad, de atracción, de receptibilidad que la biblioteca sea capaz de desplegar y mostrar con los minusválidos, es lo que en buena medida va a condicionar esta accesibilidad psíquica; se trata de atraer a estas personas, para que usen y disfruten de unos servicios a los que tienen tanto derecho como cualquier otra persona; pero, para ello, la primera barrera que han de ser capaces de superar está en ellos mismos y se refiere a la actitud de acercamiento que muestren hacia un entorno en principio desconocido o no habitual en ellos. A esto es a lo que llamamos *accesibilidad psíquica* y, en gran medida, va a depender de la actitud netamente activa, "beligerante" podríamos decir, que adopta la institución bibliotecaria como tal.

1.2. Accesibilidad física

El acercamiento físico del minusválido a la biblioteca viene condicionado según el tipo de minusvalía, pero afectado, en mayor o menor medida, a todas y cada una de ellas, por las dificultades que va o no a encontrar tanto desde fuera del edificio (accesibilidad externa) como dentro (accesibilidad interna).

La primera cuestión en cuanto a la accesibilidad externa se refiere a la ubicación del edificio; en el caso de edificios de nueva creación, habría que tener en

cuenta que las aceras de acceso sean adecuadas en anchura y que las aceras tengan la anchura adecuada para que por ellas pueda desplazarse cómodamente una silla de ruedas.

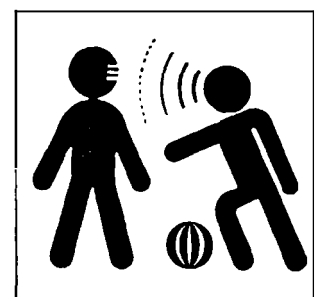
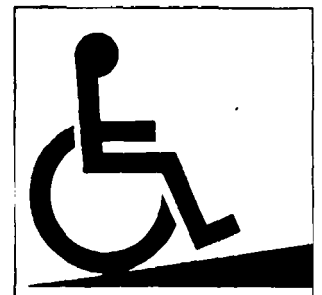
Hoy día se tiende a ubicar los edificios bibliotecarios en zonas cercanas o inmediatas a importantes vías de tránsito automovilístico, de modo que el acceso mediante el coche sea cómodo y fácil; en este punto hay que tener en cuenta el planificar una adecuada zona de aparcamiento dotada con un número de plazas adecuado; algunos autores (Gascuel) proponen que exista una plaza de aparcamiento por cada 2,2 asientos en la biblioteca y, referido a los minusválidos, estipula que se reserve al menos una plaza para estos usuarios; esta plaza ha de tener una anchura de 3'50 metros, de modo que permita parar un vehículo y moverse cómodamente, junto a él, en una silla de ruedas; asimismo, se recomienda que las aceras no tengan bordillo y sean fácilmente superables por la silla de ruedas.

Aunque lo adecuado es que el centro tenga una o dos puertas de entrada a nivel de la calle, en el caso de que la entrada sea a través de una escalera la biblioteca deberá contar con la pertinente rampa de acceso. Ha de ser sin superficie deslizante; al menos con un pasamanos de apoyo y con un espacio de acceso abajo y arriba.

Las normas aconsejan que las rampas tengan una pendiente máxima de un 5% si su longitud es, como máximo, de 10 metros; y una pendiente del 4% si la longitud es superior a los citados 10 metros.

También es importante tener en cuenta, en cuanto a la accesibilidad externa, la adecuada señalización, que ha de ser lo suficientemente amplia y visible como para que realmente indique la situación del centro al minusválido o a su acompañante.

La accesibilidad interna se refiere al movimiento del minusválido dentro de la biblioteca. Implica el menor número posible de desniveles dentro de una misma planta, la existencia de ascensores, el procurar esquinas redondeadas y barandas de apoyo, la iluminación correcta, el adecuado espacio entre estanterías, mesas y sillas como para poder desplazarse en silla de ruedas, la existencia del adecuado número de puertas con suficiente anchura, los





Julio González. *El placer de leer*. Ayto. de Salamanca, 1996

aseos apropiados y con barandas apoyamanos en cada caso, así como el contar con teléfonos adecuados en altura.

Ni qué decir tiene que las escaleras normales son el enemigo número uno del minusválido, por lo que sólo debe haber las absolutamente imprescindibles.

Cuando se habla de accesibilidad física hay que tener siempre presente que lo ideal no es hacer rampas o ascensores que faciliten la movilidad del minusválido, sino construir de manera que se cree a estas personas el menor sentido posible de minusvalía, de trato especial. Lo esencial es considerarlos como personas y, por tanto, actuar de modo que puedan valerse por sí mismos y sin que tengan que recurrir a un trato diferente; ello requiere no un cambio en tal o cual acceso al edificio o dentro de él, sino, lo que es más importante, un cambio en la mentalidad al construir o remodelar las instalaciones, de modo que se vaya, no a facilitar tal o cual acceso, sino a crear la pertinente estructura física que permite a estas personas no sentirse, en absoluto, diferentes a una persona "normal".

2. Los diversos tipos de minusvalía

No es el caso, obviamente, de establecer una exhaustiva lista de las diferentes clases de minusvalías, a los efectos de este trabajo nos ceñiremos a las minusvalías que afectan a los sentidos (vista y oído), y a las minusvalías que afectan a la capacidad de movimiento.

2.1. Minusválidos visuales

El uso de la biblioteca por parte de los minusválidos visuales está lógicamente en función del grado de minusvalía que sufra la persona en cuestión.

Hay una amplia escala que va desde la miopía hasta la ceguera total y preciso es señalar que en España la ONCE ofrece unos servicios bibliotecarios prácticamente inmejorables y con los que a duras penas podría competir la biblioteca pública.

No obstante, cualquier biblioteca puede atender a estos minusválidos, ya sea mediante equipamiento tipo lupas y

lentes de aumento, ya mediante libros de grandes caracteres o, si los recursos económicos lo permiten, instalando una KRM (Kurzweil Reading Machine); se trata de una nueva máquina capaz de convertir en voz el texto que se coloque, a modo de fotocopidora, sobre una pantalla al efecto: la máquina actúa como sintetizadora de voz y transforma el texto escrito en sonido audible de este modo por el invidente.

Si en un principio esta máquina fue toda una revolución en el equipamiento que la biblioteca podía ofrecer a los minusválidos visuales, el tiempo ha ido bajando el elevado entusiasmo inicial, ya que cuando ha habido el adecuado personal para su manejo y para el entrenamiento de colegas y usuarios, el servicio ha funcionado bien, pero sólo si se cumplían esas condiciones (lo que, al parecer, no ha ocurrido siempre en las bibliotecas públicas donde se instaló; nos referimos a países extranjeros, ya que, que sepamos, esta máquina no ha sido instalada en prácticamente ninguna biblioteca pública de este país, lo que, por otra parte, tampoco ha sido tan necesario si tenemos en cuenta lo anteriormente dicho acerca de la ONCE).

Por otra parte, y siguiendo con el análisis del uso de la KRM en las bibliotecas, algunos piensan que la relación coste-efectividad no es la más adecuada, pues viene a salir por unos 3.000.000 de pesetas, en tanto que sólo permite ser usada por una única persona al mismo tiempo y que esta persona ha de desplazarse, siempre acompañada en la mayoría de los casos, a veces desde lejos, para llegar a la biblioteca. Por todo lo dicho, algunos bibliotecarios mantienen que es preferible usar para este fin a un profesional especializado que puede visitar una red de lectores y que, asimismo, les proporciona el material adecuado.

A pesar del tiempo que lleva en funcionamiento, hay que mencionar la enorme eficacia conseguida con los programas de "libros leídos"; nos referimos a la grabación de textos en cintas magnetofónicas y la creación, mediante ellas, de la oportuna sección de préstamo para invidentes y minusválidos visuales. Estas grabaciones son realizadas, bien por lectores profesionales, bien por voluntarios con cualidades adecuadas para ello.

Entre las innovaciones de servicios dirigidas a minusválidos visuales y dignas de ser reseñadas destaca la llevada a cabo por el Royal National Institute for the Blind (RNIB); en colaboración con la British Library, se grababa cada día el periódico *The Guardian* del día anterior y se ponía a disposición (en seis bibliotecas previamente elegidas) de quienes lo deseaban, los cuales, mediante los comandos oportunos y a través de una base de datos oían el texto que querían, transmitido mediante un sintetizador de voz. Este servicio estuvo disponible desde 1989 a 1991, año en que cesó por falta de aplicación presupuestaria; era, por así decirlo, una especie de KRM a la carta que, obviamente, era bastante difícil de mantener por razones económicas.

Un adecuado servicio a minusválidos visuales desde la biblioteca pública debe tener muy en consideración tres cuestiones esenciales:

- 1) Las bibliotecas con usuarios invidentes han de manejar formatos distintos al libro impreso (braille, libro hablado, grabaciones...) por lo que, al no poderse recurrir para su adquisición, en la mayoría de los casos, a los cauces normales (editorial, distribuidor, librería, etcétera) es la propia biblioteca quien ha de producir estos nuevos formatos; así, de ser la biblioteca un almacén de materiales, pasa a ser una fábrica que los produce.
- 2) Los usuarios con discapacidad dependen fundamentalmente de un servicio externo a la biblioteca ya que, al no poder desplazarse solos en la mayoría de los casos, raramente acuden personalmente, por lo que ésta ha de enviarles el material que necesiten por correo; ello obliga a la biblioteca a establecer un auténtico servicio de envío y recepción de paquetes postales, con los subsiguientes problemas de organización, personal, presupuesto, envío de catálogos para que los usuarios seleccionen, lista de novedades...
- 3) El usuario invidente de una biblioteca no tiene en absoluto toda la amplitud de selección que tiene un usuario normal: el hecho de que no pueda manejar los libros más que cuando han sido trasladados a un formato

adecuado, y la imposibilidad material y presupuestaria de que todas las novedades aparezcan en un formato adecuado para invidentes, hace que estos no puedan seleccionar más que lo que ya ha sido previamente seleccionado por el bibliotecario; esto hace que la responsabilidad de éste a la hora de desarrollar el procedimiento de selección sea mucho mayor que en circunstancias normales.

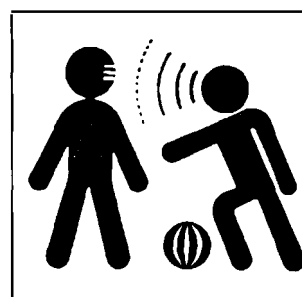
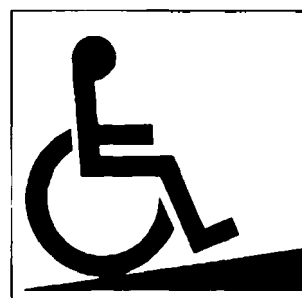
Además de los libros en braille, en grandes caracteres y grabados en casetes, la biblioteca ha de disponer de elementos que ayuden al aprendizaje de estos usuarios. Entre estos elementos citaremos:

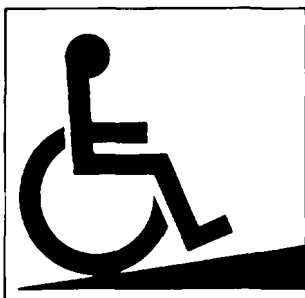
- Mapas y globos en relieve.
- Discos y casetes indetectables por su color o por anotaciones braille.
- Filminas y diapositivas que puedan ser utilizadas en áreas oscuras.
- Modelos científicos acompañados por grabaciones que describan y expliquen dichos modelos.
- Materiales de instrucción programada con caracteres grandes.
- Máquinas de escribir para ciegos.
- Adecuada ayuda para conocer la localización de materiales y equipos, y el uso que se puede hacer de ellos.

2.2. Minusválidos auditivos

Según datos de la revista *Empleo y Relaciones Laborales* (nº 8, octubre, 1997), editada por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, "cerca de un 23'8 por mil de la población española tiene una limitación auditiva. Dentro de este colectivo, 120.000 personas padecen sordera profunda, 400.000 tienen sorderas unilaterales y 600.000 no pueden seguir una conversación sin prótesis auditiva".

La sordera, sobre todo si es de nacimiento, es para quien la sufre una barrera frente al mundo externo casi tan importante como la ceguera, sin embargo, la literatura y los estudios dedicados a atender al sordo en la biblioteca y en servicios culturales similares es, paradójicamente, muy inferior cuantitativa, y casi cualitativamente, que la dedicada a la minusvalía visual. Dentro de que, en general, hay un gran desconocimiento de los materiales más adecuados para este tipo de usuarios se





actúa mediante programas basados generalmente en material de producción local, con gran profusión de ilustraciones, relatos populares adaptados al formato fílmico o simplemente material escrito relacionado con los problemas y tareas de la vida moderna.

Especialmente atractivos para estos usuarios son los materiales no librarios tales como diapositivas, vídeos, films y, especialmente, aquellos que llevan un texto o subtítulo.

Hay una serie de notas dignas de tener en cuenta cuando se trata de atender al deficiente auditivo en la biblioteca. Entre estas notas consideremos las siguientes.

- 1) Es de gran importancia que el sordo (receptor) vea y esté lo más cerca posible del hablante (emisor).
- 2) En la "hora del cuento" el niño sordo ha de estar enfrente y cerca del narrador, para así poder "leerle" lo que dice.
- 3) Es muy importante que las medidas e instrucciones de seguridad sean de tipo visual y no exclusivamente acústico.
- 4) El entorno, distribución del mobiliario, colorido... tiene un valor esencial, de modo que estos minusválidos se encuentren en un medio tranquilo, relajante, adecuado para leer o manejar información en las mejores circunstancias posibles.

2.3. Minusválidos motrices

El principal problema que plantean las minusválidas de motricidad es el de la accesibilidad física, tanto desde fuera hacia dentro de la biblioteca como, ya dentro de ella, para poder moverse con libertad y con independencia, de modo que tenga que pedir la menor ayuda posible.

Ya nos hemos referido anteriormente a los problemas que conllevan consigo los impedimentos en cuanto a la movilidad: aceras, rampas y puertas adecuadas, ascensores, suelos antideslizantes con moqueta, preferiblemente lisa, para que sus pelos no entorpezcan el movimiento por ellas, estanterías de altura inferior a la normal y con módulos a dos lados para crear áreas de servicios específicos, mesas de altura inferior a la normal y de mayor superficie, para poder colocar sobre ella los aparatos que se necesiten; espacios especiales para

el uso y manejo de audiovisuales; apoyabros y pasadores automáticos de páginas, etcétera.

Preciso es señalar que cuando hablamos de problemas no sólo nos referimos a la capacidad para desplazarse de un lugar a otro; también hay que incluir los problemas referentes a las extremidades superiores, que conllevan la obligatoriedad del uso de aparatos a los que antes nos referíamos.

2.4. Los enfermos en casa

En ocasiones, el enfermo que se recupera de una larga enfermedad, o que sufre un postoperatorio lento y de no pronta solución, es enviado a su casa para que allí acabe su curación.

Plantea, desde un punto de vista bibliotecario, unas necesidades semejantes a las del paciente de hospital, pero no idénticas.

El primer problema para la biblioteca está en conocer la existencia de este enfermo; para ello ha de estar en contacto con los servicios sociales de la zona.

La atención a estos usuarios se suele hacer, dependiendo de su grado de minusvalía, de dos maneras distintas: en unos casos, cuando la minusvalía no restringe totalmente su capacidad de movimiento, suele visitarle periódicamente el bibliobús o un vehículo especialmente adaptado a estos enfermos; en el caso de bibliobuses se ha llegado a fabricar y poner en circulación modelos dotados de un ascensor hidráulico, mediante el cual puede subir a él, y por sus propios medios, el enfermo sentado en una silla de ruedas o con muletas.

Cuando, por razones de carencia más o menos acentuada de las habilidades motrices no se puede usar la solución de bibliobús o de vehículo similar, lo que se hace es enviarle un lote de libros y/o revistas que son sustituidos periódicamente.

El establecimiento, de manera más o menos continuada, de un servicio de este tipo, plantea dos problemas esenciales:

- a) La atención y proporción de materiales debe ser inmediata a la demanda creada; es decir, no se puede atender al cabo de tres meses una petición de servicio bibliotecario por parte de un usuario especial de este tipo.

Como en tantos otros sectores bibliotecarios y de la vida en general, apliquemos el viejo principio de "No crear una demanda si no disponemos de la oferta adecuada".

Si no vamos a poder atender las peticiones en un tiempo razonable, mejor es suspender ese servicio ya que, de no hacerlo, las consecuencias serán justamente contrarias a las perseguidas: el enfermo se sentirá personalmente más marginado y abandonado por la sociedad y, además, actuaciones de ese tipo no mejorarán en nada la imagen que debe dar la biblioteca ante la sociedad que, económicamente y a todos los niveles, la mantiene.

b) En cuanto al personal, la perenne escasez de recursos humanos en las bibliotecas ha hecho que, para mantener un servicio a enfermos en su casa, se recurra a voluntarios; en general, este sistema no ha dado buen resultado, debido a la falta de profesionalidad de los actuantes y a la discontinuidad temporal con que atienden este servicio.

Los estudios realizados respecto al tipo de material que prefieren estos usuarios para los que su casa acaba siendo, a veces, una auténtica prisión, señalan que los libros son para ellos un pasatiempo quizás más absorbente que la radio o la TV; lo esencial es que el servicio que se les preste no se corte, que se mantenga su continuidad y que sea lo suficientemente rápido como para atender adecuadamente las demandas de quienes lo necesitan y lo solicitan.

3. Biblioterapia y voluntarios

Hablar de un servicio bibliotecario para minusválidos supone, ineludiblemente, tratar dos temas que, de forma más o menos directa, inciden sobre él.

En primer lugar la biblioterapia; se acepta desde siempre que el libro, la lectura, los medios —en el más amplio sentido: películas, música, etcétera— que proporciona la biblioteca, tienen o pueden tener un efecto curativo o, al menos, paliativo para cierta categoría de usuarios.

Si en ello estamos todos de acuerdo, no es menos evidente que el llevar adelante

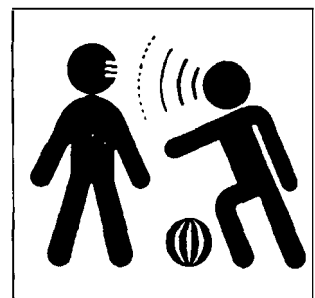
todo un programa que, en todo o en parte, se base en la curación o en la mejora mediante el libro, mediante el contenido de ciertas lecturas, para ello se necesitan unos estudios de especialización (psicología, psiquiatría) que, en general, no posee un bibliotecario por el mero hecho de ser bibliotecario. Una cosa es que el profesional de la biblioteca ayude en la selección de tal o cual tipo de materiales —pues ésa y no otra, al fin y al cabo, es su auténtica misión— para tal o cual grupo de usuarios con unas características específicas y determinadas, y otra cosa, bien diferente, es que el bibliotecario se sienta capaz de dirigir todo un programa de curación espiritual mediante el uso de estos o aquellos materiales. Podría ser peligroso, incluso enormemente peligroso, para el usuario y para el bibliotecario.

Con claridad y contundencia: zapatero, a tus zapatos.

Otra de las cuestiones que normalmente surgen cuando se trata de organizar un eficaz servicio para usuarios con desventajas es la referente a los voluntarios.

El hecho de que los presupuestos de funcionamiento de las bibliotecas tienden siempre a la disminución, hace que sus recursos humanos sean continuamente insuficientes, por lo que para ciertas tareas específicas se cree conveniente el contar con voluntarios, máxime cuando en esas tareas se requiere fundamentalmente una especial aportación de paciencia, cordialidad, espíritu de entrega, etcétera.

En contra del uso de estos voluntarios se esgrimen razones como que lo mejor, por preparación y experiencia, es contar con un bibliotecario profesional; además, se señala que con los voluntarios los usuarios nunca reciben el mismo servicio que recibirían por parte de un profesional. No obstante, si esto es en líneas generales cierto, no es menos cierto que las circunstancias económicas no permiten a la biblioteca tener todo el personal necesario, como hemos dicho anteriormente y, además, es materialmente imposible que la biblioteca pueda prestar servicios a todo tipo de usuarios sin recurrir a los voluntarios; se ha comprobado que, en trabajos específicos y concretos y con el debido entrenamiento y apoyo los voluntarios pueden prestar un servicio aceptablemente



adecuado desde un punto de vista profesional.

4. La tercera edad: una clase emergente

Los espectativas medias de vida para hombres y mujeres de cualquier país occidental superan ampliamente los setenta años de edad; esto, que es tan evidente que casi nos pasa desapercibido, tiene importantes consecuencias de orden social, económico e incluso político.

Cada vez hay y seguirá habiendo más ancianos, más personas que han superado los 65 años, que han dejado de ser trabajadores, que son clases sociales "pasivas", "no productivas", etcétera.

Junto al hecho de que cada vez son más numerosos los ancianos, hay otro no menos palpable en nuestro día a día: cada vez es mejor la calidad de vida de la llamada "tercera edad", es decir, hablar de ancianos no quiere decir ya hablar de minusválidos, de enfermos. Ya no es nada extraño contemplar a un grupo de personas que ha superado ampliamente los 70 años de edad y que desarrolla una vida bastante aceptable: tienen independencia de movimientos, viajan solos, no necesitan a nadie en su diario quehacer...

Si todo esto es cierto, también lo es que forman un grupo especial, aunque en creciente aumento, de personas que ya suelen arrastrar inconvenientes físicos –y a veces psíquicos– de mayor o menor incidencia o gravedad.

No suelen tener la facilidad de movimientos de un adulto joven o maduro; tienen problemas de percepción sensorial –audición, visión...– y, en buena parte de casos, presentan problemas de adaptación a una sociedad que, a pesar de todo lo antes dicho, no les admite, les olvida y, si puede, les rechaza.

No son "fuerza productiva" y, desde los postulados del neoliberalismo galopante, no interesan; además, su capacidad económica suele estar disminuida y, desde este enfoque, ¿qué interés tiene para la sociedad actual un grupo, por amplio que sea, que consume poco?

Pero están ahí; son ciudadanos y ciudadanas con todos los derechos, y la

biblioteca, institución de igualación social donde las haya, tiene la obligación, el deber moral, de ocuparse de ellos.

Porque, y aquí es donde queríamos venir a parar, son indudablemente unos usuarios especiales, un sector que necesita cuidados y atenciones específicas y unos profesionales que tengan una preparación adecuada para atenderles; además los ancianos necesitan algunos materiales especialmente adaptados a sus concretas necesidades.

Desde un punto de vista físico unos ancianos son usuarios absolutamente normales, mientras que otros presentan serios problemas de movilidad, de visión o de audición.

Les son aplicables los mismos tratamientos que a los minusválidos sensoriales (audición, visión) o por problemas de motricidad.

Quizás la cuestión de más difícil resolución es la referente al tipo de materiales que hay que proporcionarles: qué formatos y qué temas.

En cuanto al formato, es la prensa, tanto el periódico como la revista de información general, el medio de información y de entretenimiento más usado por estos usuarios.

El disponer de una buena sección de diarios y revistas es algo especialmente útil para los ancianos, sin que ello quiera decir que, a su nivel, no hagan uso de los medios audiovisuales, sobre todo películas.

Téngase en cuenta que los problemas de visión hacen que no puedan manejar los libros y demás materiales normales.

También tienen mucha difusión entre los ancianos los "libros parlantes", las obras grabadas en casetes y que pueden ser retiradas en préstamo domiciliario.

En la tercera edad hay un interés manifiesto por la inmediata historia de su generación, de su vida; es de gran valor el conocer las circunstancias que les ha tocado vivir. Así, la sección de temas locales, en cuanto que puede –o debe– recoger la historia más inmediata o cercana, es una de las más visitadas y atendidas por estos usuarios especiales.

En muchas ocasiones las bibliotecas preparan colecciones de álbumes con fotos históricas, antiguas, de la localidad en cuestión. Estas obras, que van acompaña-



José A. Vicente. *El placer de leer*. Ayto. de Salamanca, 1996

das de un texto mínimo, suelen ser muy valoradas por los ancianos que, al pasar y repasar sus páginas, vuelven a aquellos lugares conocidos que el paso del tiempo ha hecho desaparecer.

Los clubes de lectura sobre temas específicamente de interés para este sector de la población suelen tener éxito cuando están llevados de modo que invitan al anciano a participar, a conocer a gente que ha vivido sus mismas circunstancias, a recordar constructivamente otras épocas y tiempos ya pasados.

En algunas bibliotecas, sobre todo en Estados Unidos, se ha intentado hacer frente al hecho de que las generaciones jóvenes no saben aprovechar la experiencia de sus ancianos; para ello, se han organizado "horas del cuento" o "lecturas de experiencia" en las que el anciano cuenta a un grupo de niños o jóvenes cuentos e historias a través de las cuales se muestra cómo fue el mundo en que se criaron, cuáles fueron las más importantes vicisitudes (guerra, emigración, etcétera) que les tocó vivir, cómo son o cómo eran los países de donde proceden, en el caso de las minorías étnicas, etcétera.

También en muchas ocasiones el anciano colabora, como voluntario, en toda una serie de trabajos que, más que de índole bibliotecario, son de carácter social, aunque tengan como área de realización la biblioteca.

Atender a la juventud es invertir en el futuro, prestar atención a los ancianos es recuperar, y ejercer, aquella vieja utopía, cada vez más en desuso, del respeto a la persona, y a su dignidad, por el mero hecho de que es una persona.

Si las bibliotecas realmente quieren seguir siendo bibliotecas no debieran olvidar la especial atención que merecen los ancianos y todos los usuarios con necesidades especiales.

Como resumen de todo lo hasta aquí expuesto podríamos establecer las siguientes conclusiones:

- 1) La biblioteca pública puede, y debe, jugar un papel de excepcional importancia en la integración real, efectiva y sincera de la persona con minusvalía en la sociedad.
- 2) La supresión de barreras arquitectónicas de todo tipo, así como la consecución de un entorno agradable y armónico, es condición *sine qua non* para el establecimiento de un servicio a discapacitados eficaz, digno y gratificante.
- 3) El personal de la biblioteca, a todos los niveles, ha de tener una especial preparación (conseguible mediante cursos y asesoramiento de especialistas) que le posibilite una atención y trato adecuados a las personas con minusvalía, de modo que las relaciones entre ambas partes sean lo más satisfactorias posible.
- 4) Para estos usuarios tienen especial importancia los medios audiovisuales y el uso de nuevas tecnologías, de ahí la necesidad de que las bibliotecas cuenten con un equipamiento *ad hoc*.

Bibliografía

- CYLKE, Frank Kurt: "Handicapped. Services". En: *ALA World Encyclopedia of Library and Information Service*. Chicago: ALA, 1980.
- The librarian and patient*: Edited by Eleanor Phinney. Chicago: ALA, 1997.
- DALTON, P.I.: *Library Service to the deaf and the hearing impaired*. Phoenix (Az.): Oryx Presse, 1985.
- FEARN, Donald E.: "Architectural barriers and the handicapped, the infirm, the elderly and the physically limited". En: *Reader on the library building*. Edited by Hal B. Schell. Englewood (Co.): Microcard Editions Brooks. 1975, pp. 179-180.
- GASCUEL, Jacqueline: *Un espace pour le livre: guide à l'intention de tous ceux qui créent, aménagent ou rénovent une bibliothèque*. Paris: Editions du Cerde de la Librairie, 1984.
- HAGLE, Alfred: "Information access by blind and physically handicapped persons". En: *Advances in librarianship*. New York: Academic Press, 1982, vol. 12, pp. 247-275.
- HOY, Setphen: "Users with special needs". En: *British Librarianship and information work 1986-1990*. London: ALA, 1990.
- LUCAS, L.: *The disabled child in the library: Moving into the mainstream*. Littleton (Co.): Libraries Unlimited, 1983.
- MAC ADAMS, Nancy R.: "Technical requirements and building criteria". En: *Libraries for the future*. Edited by Ron G. Martin. Chicago: ALA, 1992.
- NORTON, Melanie J.: "Libraries serving an underserved population: Deaf and hearing-impaired patrons". En: *Library Trends Summer*, 1992; 41 (1), pp. 1-176.
- The special child in the library*. Barbara Holand Baskin and Karen H. Harris editors. Chicago: ALA, 1976.
- WRIGHT, K. C.: *Library and information services for handicapped individuals*. 3rd. ed. Englewood (Co.): Libraries Unlimited, 1989.